

GATO POR LIEBRE

Tres actos de Georges Feydeau. Traducción de César Charlone Ortega.

Dirección de Juan José Brenta. Escenografía de Roberto Balbis.

Vestuario de Ema Varzi. Elenco de Teatro Moderno en Teatro Libre.

No fué Feydeau el que inventó el vodevil; por el contrario fué él quien lo recogió y remodeló cuando ya se le consideraba un género extinguido. Pero lo hizo con tal donaire, una invención tan fresca y jocunda de las situaciones, una capacidad para mantener y complicar el enredo, que nuestro siglo ha terminado por considerarlo el vodevilista por excelencia. Es él quien mejor evoca una "belle époque" despreocupada, ingeniosa y ligera, entreverada en un alegre ritmo de engaños picarescos y de equívocos cómicos. Pero su invención no alcanza siempre la plenitud de obras como *La dama de Maxim* u *Ocúpate de Amelia*, en que el sistema rinde sus mejores resultados. En otras piezas, como este *Gato por liebre* que vimos ayer, Feydeau aparece por momentos con su destreza burlona y otras se abandona al uso de los mecanismos trillados y a veces gruesos. Plantea un primer acto con ingenio, crea el equívoco para que se eche a andar la máquina de las situaciones, pero luego no las enriquece lo suficiente, y tampoco aprovecha a sus personajes dejando algunas caricaturas sin forzar en su mejor estilo de jugar sobre el ridículo de los tipos.

Ello no le impide salpicar la pieza con una buena cantidad de réplicas de muy buena ley, y algunas situaciones las sabe explotar con una pericia que el espectador recompensa con repetidas carcajadas.

No es la primera vez que Brenta aborda este género que parece contarse entre sus predilectos. Su puesta en escena acierta con el tono ajustado, con el establecimiento de un tiempo y un ritmo escénico donde lo vertiginoso va aliado con una gracia que elude lo vulgar. Los personajes han sido movidos con esmero, dentro de un régimen de juego visible que no disimula ninguno de los trucos habituales (apartes, sorpresas, fáciles convencimientos, hasta las ingenuidades menos tolerables). Pero este brío impreso al espectáculo necesita del ajuste y homogeneidad interpretativa del elenco, porque no sólo cuenta la actuación individual sino por sobre todo el establecimiento de un plano tonal parejo en que la oposición de las réplicas resulte jugosa.

El tono más ajustado de vodevil lo dió Martha Castellanos que, aparte de estar naturalmente dotada para el género, fué siempre efectiva en su estrafalaria, caracterización, y exactísima en el modo de dejar caer sus iras provocando la mayor hilaridad. Los demás no alcanzaron la homogeneidad con ella que hubiera dado la plenitud del espectáculo. Mery Greppi estuvo más veces del lado de la comedia intencionada que del vodevil; es actriz que tiene soltura de comediante a pesar de que su decir enfatiza, líricamente, más de lo conveniente. Marlo Heguy tiende a repetir, con la autorización del director, un galancito eléctrico, que abusa del recurso de la sorpresa y que se desarticula en escena; es efectivo una, dos, diez veces, pero luego resulta mecánico y ya no hace gracia. Además su juego marionetístico disuena con el sistema en que comulgan todos los demás actores.

En un segundo plano los demás personajes correctos; Moreira tiene la prestancia de su personaje aunque su esfuerzo por hacer reír es demasiado visible. Marisa Montana tiene una simpática figura y se adapta sin asperezas al tono de la obra.

El escenario tiene una cosa alegre que es el color, una serie de ventanas bien resueltas y modernas, y una cuidada ambientación. Los trajes de Ema Varzi son buenos, pero no resultan lo bastante significativos y sugerentes.